

Teniendo estos convenios, obtenidos con la máscara "democrática", Busch se dirigió de nuevo a Berlín, e insistió en sus propuestas para un amplio arreglo con el Führer. Las conversaciones económico-políticas se tradujeron bien pronto en dos hechos:

1. —El 24 de abril, Busch dió un golpe de Estado y se erigió dictador totalitario de Bolivia. En prueba de buena fe fascista, deportó inmediatamente a cuanto dirigente político le pareció peligroso, confinándolos en la isla de Coati, en el Lago Titicaca; un helado infierno, a 4.000 metros sobre el nivel del mar.

2. —Quince días después del golpe de Estado, Dionisio Foianini —el otro extremo del eje boliviano— anunciaba que por una feliz coincidencia las negociaciones con Berlín habían madurado en forma de un convenio por el cual Hitler (siempre fascista) abría un crédito a Busch (demócrata arrepentido) por 16.000.000 de pesos mexicanos, además de los ocho anteriores.

El convenio preve que ese crédito será cubierto con aceite. Además Bolivia debe retirar —y ya lo ha hecho— a todos los técnicos norteamericanos de su industria petrolera, para ser substituídos por alemanes. Los enviados de Berlín están ya en el altiplano, manejando aquellos.

El eje Busch-Foianini se propone también conseguir del Führer la construcción de los oleoductos que permitan aprovechar los convenios con Argentina y Paraguay. Uno de ellos tendrá unos 56 kilómetros y llevará el aceite a la más próxima estación ferroviaria argentina; el otro tendrá unos 560 kilómetros y llevará petróleo hasta la refinería que también construyen los alemanes para Bolivia en territorio paraguayo.

Cuando recién dado el golpe del eje boliviano, se preguntó al ministro de La Paz en Roma (Campero Arce) qué clase de régimen era el de Busch Foianini, respondió que se trataba de un nuevo Es-

tado totalitario y que pronto se uniría al famoso Pacto Anti-Comintern.

El cuñado japonés de Busch (Kovichi Seito) a pregunta semejante contestó que Bolivia se uniría pronto al Pacto fascista.

Las opiniones oficiales variaron, sólo una vez que llegaron instrucciones adecuadas de La Paz. Los empleados de la legación boliviana en Washington se indignaron entonces ante la insinuación de totalitarismo. Se negó todo: proximidad de la adhesión al pacto, convenio de trueque con Alemania, colocación de técnicos alemanes al frente de la Industria petrolera boliviana, etc. Bolivia —se dijo— sigue siendo un Estado DEMOCRATICO (sic) en el que el coronel Busch resume todas las representaciones de la soberanía popular y constituye por sí solo, todos los órganos del Estado.

Según los periódicos de la burguesía norteamericana, el propósito del coronel Busch —o más bien, de Foianini, o tal vez de Hitler, es echar a los Estados Unidos y a la Gran Bretaña del rico mercado petrolero de la América del Sur, y principalmente de Argentina, Brasil y Chile. No lo dudamos. Los arreglos conseguidos hasta ahora por Busch están destinados a permitir el desarrollo de esa política: el petróleo boliviano, manejado con maquinaria y por técnicos alemanes, substituiría el petróleo de la Standard y de la Shell.

Un indicio bastante enérgico de que por lo pronto —cuando menos— Busch-Foianini buscan la aventura por el lado del eje Berlín-Roma, lo constituye el hecho de que hasta ahora, a pesar de que han pasado dos años desde la expropiación, la diplomacia del Buen Vecino no ha logrado entrar en conversaciones formales con Bolivia, tendientes a lograr un arreglo amistoso y "equitativo" de la expropiación. Ningún Richberg ha aparecido todavía por La Paz. La sartén la tiene todavía el Führer por el mango.